

y reconocimiento público de sus casos de corrupción; 8) incremento de recursos para fortalecer al poder legislativo; 9) despolitización de los órganos superiores del poder judicial; 10) mejoras procesales y aumento de recursos en la persecución de la corrupción; 11) diseño de una agencia pública independiente de vigilancia y control de todas las contrataciones del sector público; 12) publicación de las agendas públicas y privadas de los cargos públicos; 13) creación de una agencia independiente de defensa de los consumidores de servicios universales de interés general; 14) información clara y transparente de los gastos públicos; 15) evaluación efectiva de las políticas públicas; 16) puesta en vigor de contabilidad analítica para cálculo y comunicación de costes reales de las diferentes actividades y servicios públicos; 17) dotación de sistemas de información que permitan cruzar bases de datos; 18) publicitación de los sistemas internos de información a los ciudadanos y los intermediarios sociales (*open data*); 19) uso institucional del *big data* para dotar de más inteligencia prospectiva y calidad de gestión a la Administración Pública; 20) asegurar la independencia profesional de los agentes públicos relacionados con la corrupción; 21) incremento del volumen de empleados públicos hasta alcanzar la media de la Unión Europea en jueces, fiscales, inspectores de Hacienda y policías especializados en corrupción; 22) establecimiento de sistemas de protección de la figura del delator; 23) mejoras tecnológicas de mecanismos de control internos y externos sin exceso de burocracia; 24) mecanismos institucionales y administrativos que aseguren el acceso de personal a las instituciones públicas bajo los principios de igualdad, capacidad y mérito; 25) regulación de la dirección pública profesional para garantizar la calidad de los nombramientos de estos directivos y su protección frente a ceses partidistas o arbitrarios.

El libro del profesor Ramìo confronta rigurosamente el estudio de un problema social en España de la máxima transcendencia para la renovación y legitimidad democráticas. Merced a su alto nivel de exigencia intelectual, el libro constituye una muy valiosa aportación a un ámbito analítico que mantendrá, a buen seguro, su pulsión investigadora y su interés académico.

Luis Moreno

Instituto de Políticas y Bienes Públicos (CSIC)

luis.moreno@csic.es

Postpolítica. Elogio del gentío

José Ángel Bergua Amores

(Madrid, Biblioteca Nueva, 2015)

I

Este ensayo, como el propio autor subraya al principio del mismo, se ocupa de lo político y de sus relaciones con lo social, unas vinculaciones determinadas profundamente por lo que denomina el «desierto de la realidad», puesto que en ella hoy no caben ni el «demos», ni la «gente», ni la «comunidad», ni la «multitud». De ahí que —según Bergua— la política haya fracasado y se esté derrumbando y que sea necesario recuperar al gentío. Llega a esta conclusión

invirtiendo el doble análisis que procede del antropólogo de las estructuras de lo imaginario Gilbert Durand: el análisis del régimen diurno o apolíneo de la política —lo «exotérico»—, tal y como es concebida por la democracia, si bien resalta sus defectos y sus contradicciones; y la aproximación —«esotérica»— más nocturna, de las oscuras y cambiantes imágenes de lo social. Estos son los ejes que estructuran la obra que, además, va precedida por una introducción, y cuenta con un *intermezzo* y se cierra con una jugosa *exoducción*.

En la primera parte, la perspectiva apolínea de la política reivindica la autonomía del *demos* y esa prístina capacidad de sus gentes para construir y tomar conciencia de lo social por sí mismas —C. Castoriadis—, sin que, por tanto, participen las élites y sin que sea necesario fracturar la acción del conocimiento. Ahora bien —señala acertadamente Bergua—, contrariamente, la comunidad ha sido fuertemente golpeada por el sistema político democrático y por los partidos políticos que surgieron con la finalidad de representarlo, ya que, con la burocratización de sus estructuras, han despolitizado a las masas. En consecuencia, la comunidad no acaba de pertenecer a la sociedad, relegada por la solidaridad entre las élites políticas, las científicas y las periodísticas que forman la opinión. Se entiende, así, que: «La democracia no solo esconda el cadáver de esa gente a la que dice representar», sino que también destruya el *socius*, el humus de lo social, de modo que lo político se ha llenado de un vacío difícil de llenar.

El autor considera también que la comunidad, desde la centralidad del cuerpo, constituye un todo abierto al «ser-uno-con-otros» y que la gente transforma a la democracia en anarquía, en la medida en que intenta conservar la ausencia de la *arquía* (*arkhé* es fuente, principio, origen). Es decir, que la democracia debería ser ontológica —relacionada con la soberanía— y, por consiguiente y en último extremo, anarquía, vacío, precisamente lo contrapuesto a lo que defienden los demócratas «ónticos» —que radican la democracia en la mera gestión—. Pero este argumento no es gratuito, por cuanto que, como el propio Bergua no oculta, posee una pulsión anárquica que, al parecer, le proviene de su tierra natal, los Pirineos aragoneses, y de las Cortes del Reino de Aragón, que ponían el acento en la libertad del individuo frente al poder del Estado, en la supremacía de los usos y costumbres de las gentes sobre el monarca, mientras que el derecho foral concedía la facultad de los ciudadanos para llegar a acuerdos que regularan sus asuntos privados.

En cuanto al régimen nocturno de la política se refiere, destaca Bergua que existe una tensión continua en la civilización occidental desde su nacimiento en Grecia, determinada por la persistencia del *demos* en aparecer y la intransigencia del *kratos* —poder— a dejarle un espacio. Así ocurre, por ejemplo, con el patriarcalismo, que, precisamente en Grecia, deja paso a un patriarcalismo que sigue sin estar plenamente consolidado. Por eso, Bergua llama a dar definitivamente por muerto al padre y, con él, a la autoridad en todos los ámbitos de lo social (la familia, la escuela, el trabajo, etc.) y, por supuesto también, de la política. Igualmente, el dominio del *kratos* sobre el *demos* se manifiesta en la propia historia de la sociedad, pues esta representa el olvido del *socius*, ya que la presencia bulliciosa y revolucionaria de las gentes en las calles fue desactivada por la democracia, en la Revolución Francesa.

Ahora bien, lo positivo de esta situación viene dado —de acuerdo con el punto de vista del autor que, en esto, sigue a Heidegger— por la posibilidad de que el *socius* se transforme y de que lo haga mediante el estímulo de una personalidad imaginativa y creativa, la única que puede no enfrentar al *demos* y al *kratos* sino unirlos y la que permitiría que el primero recuperara la soberanía perdida. También ayudaría en esta función el saber esotérico, esto es, la recuperación de las viejas enseñanzas de los chamanes, de los brujos y de los daimones, así como la vuelta a la potencia de lo sagrado o *maná* que —desde Durkheim— consti-

tuye la fuente de la que se nutre lo social y la que se halla en el origen de la voluntad de reunión. Finalmente, las fiestas representan igualmente un ritual que posibilita que el *demos* convoque a lo sagrado y se aglutine en el todo, sin olvidar que su esencia consiste en retornar —la *anamnesis*— a los orígenes de lo social.

Todo ello conduce, desde la perspectiva de José Ángel Bergua, a la crítica a los actuales textos académicos sociológicos, que no parecen analizar la situación política de la democracia ni reivindicar el poder del *demos*. De ahí su propuesta de recurrir al saber-hacer de la «sociosofía» que, lejos de emparentarse con el *logos*, lo hace con la sabiduría —o la *sofia*—, que propicia puentes de comunicación con la filosofía o la ciencia. Y es que la mirada sociosófica se proyecta sobre lo político empleando categorías de análisis gnósticas, sin olvidar —y esto es revolucionario— que constituye un pretexto para que la sociología observe la democracia desde otro punto de vista.

II

Independientemente de la ideología del autor —legítima y que él abiertamente manifiesta— y de lo que pensemos sobre ella, el libro viene a constituir una meditada y brillante reflexión sobre los déficits de la actual situación política de la democracia y del papel de la gente en ella; constituye, además, una propuesta alternativa acerca de la manera en la que nos congregamos en sociedad, sin lugar a dudas una de las esencias de nuestra disciplina.

Entiendo, al tiempo, que este libro abre al menos tres posibles interrogantes acerca del estado de la democracia, de lo que significa la sociedad y del futuro de ambas. La primera tiene que ver con el hecho de si, realmente, nos encontramos en una etapa «postpolítica», como sugiere su autor y como remarca el título de su libro. Efectivamente, ¿hemos llegado al final de una manera de entender la política, de ejercer la democracia y de habitar la sociedad conducida por las élites?, ¿ha acabado el tiempo de la separación entre el *kratos* y el *demos*?, ¿es viable que el gentío recupere el poder perdido y que este deje de estar representado por los partidos políticos? O, más bien, ¿estamos en un período de transición en el que lo viejo no termina de fenecer y lo nuevo de asentarse definitivamente?

La segunda cuestión la asocio al contexto de la «sociedad de la individualización» (N. Elias, U. Beck), del que Bergua no se ocupa, y que requiere nuevas maneras de generar el cemento de lo social, de encontrar la solidaridad social de lo común entre los individuos singulares y autónomos. En este sentido, la vía representativa, ciertamente, está en crisis, y el autor de este libro acierta plenamente en bastantes de sus diagnósticos. Pero la ruta anarquista auspiciada por él no parece que hoy pueda solventar la realidad social, muy alejada de estos planteamientos; por tanto, su proposición, aunque refrescante y estimulante, no deja de constituir una saludable utopía. Además, está el poderoso deslizamiento, no teleológico, que sufre una sociedad tan voluble como la actual, marcada por el «triumfo del devenir» (F. L. Baumer), por la «liquidez» (Z. Bauman) y porque «todo lo sólido se desvanece en el aire» (W. Shakespeare, K. Marx y M. Berman). Es esta, pues, una sociedad que no parece desear la estabilidad y que, por el contrario, está caracterizada por el paradigma del tiempo rápido y voluble de las mercancías y de su valor de cambio; es una sociedad consumista que se consume día a día, en la que no terminan de madurar ni los acontecimientos ni las ideas y en la que, en consecuencia, no les otorga el tiempo suficiente para que fructifiquen, para que se asienten socialmente. Se explica, así, que esta sea una sociedad eternamente adulescente en la que se hace muy difícil que el *demos* asuma el poder con la responsabilidad

y con la suficiente madurez y que este no caiga en manos de populismos salvadores (ya los antiguos criticaban la facilidad con la que el *demos* se dejaba arrastrar por los espurios postulados de los demagogos).

Y la tercera y última reflexión para el debate que concita este trabajo tiene que ver con su profunda nostalgia por el origen. En efecto, en sus páginas, el libro de José Ángel Bergua llama continuamente a rescatar lo primigenio, el *socius*, el *demos* griego, la comunidad y el religamiento de lo sagrado y la ritualidad de la fiesta. E igualmente a encontrar la unidad extraviada —desde, al menos, el incumplimiento de Adán y Eva de la prohibición de comer del árbol del bien y del mal— entre el conocimiento y la acción y a recuperar el rol de viejos actores, desaparecidos hace tiempo, como el chamán, el brujo o el *daimon*. Además, parecería lógico que, en una sociedad en la que se han activado nuevas formas de resacralización, Bergua propugne la necesidad de la sociosofía y que reactúe algunos de los postulados de los clásicos de la sociología —Durkheim y Tönnies, entre otros.

Sin embargo, ¿hasta qué punto este retorno al principio consigue solventar los grandes problemas con los que se enfrenta en la actualidad la política, la democracia y la sociedad contemporáneas? Al respecto, conviene recordar lo que sugiere Mircea Eliade, en *El mito del eterno retorno*, que las recetas de las sociedades antiguas para enfrentarse a la crisis consistían en volver al paraíso prístino no contaminado por el presente, a huir de una historia que les producía terror y a refugiarse en una naturaleza —Bergua le dedica jugosas, sugerentes e interesantes páginas a lo natural y a los animales—, sinónimo de paraíso. Y es que de él fuimos expulsados definitivamente y nuestra sociedad está condicionada, en sus más mínimos detalles, por el paso de la historia y por el cambio incesante. Parece, entonces, que tenemos la obligación ética de bregar con el día a día y de enfrentarnos a nuestro por-venir con energía y con convicción, buscando las soluciones más flexibles, eficaces y aptas para una sociedad flujo abierta a la libertad y a la imaginación creativa, por cierto, dos de los más hermosos *leitmotivs* del libro que nos ha ocupado.

Juan A. Roche Cárcel

ja.roche@ua.es

Le nouvel ordre électoral. Tripartisme contre démocratie

Hervé Le Bras

(Paris: Seuil, 2016)

Hervé Le Bras acaba de publicar su última obra, titulada *Le nouvel ordre électoral. Tripartisme contre démocratie*, en la editorial Seuil, cuya colección *La République des Idées* está codirigida por Pierre Rosanvallon e Ivan Jablonka. Es preciso recordar que este historiador y demógrafo galo es director de investigación emérito en el Instituto Nacional de Estudios Demográficos y director de estudios en la prestigiosa Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales. En el extranjero, ha sido director de investigación invitado en el Churchill College de Cambridge y catedrático asociado en las universidades de Ginebra, Michigan y Virginia. Entre sus innumerables libros, algunos de los cuales han sido traducidos, podemos citar *Marianne et les lapins. L'obsession démographique* (1992), *Naissance de la mortalité* (2000) o